

# LA UNIVERSIDAD Y LOS DEBERES NACIONALES

Las circunstancias adversas que vive el pueblo chileno me imponen el deber de hablarlos de nuestras obligaciones nacionales desde esta cátedra.

Las tareas propias de toda Universidad — formación superior e investigación— están íntimamente ligadas al desarrollo de la comunidad y a su prosperidad. Ella está obligada a proyectar sus trabajos en busca de los problemas que preocupan y agitan a la sociedad o despertarla a la existencia de esos problemas con audacia y valor, sin temer a la incompreensión que a menudo rodea el trabajo intelectual. De esta manera es como la conciencia científica y moral se afirman en el cumplimiento de deberes cívicos y humanos primordiales. Esta actitud abierta al mundo circundante debe ser más clara y vigorosa cuando el desafío de la naturaleza o las situaciones históricas amenazan debilitar la confianza en nosotros mismos, en nuestra capacidad de responder adecuadamente al reto o nos hacen vacilar acerca del porvenir de la comunidad.

Cada uno de nosotros, como chileno, está dispuesto a cumplir con los deberes de solidaridad humana mediante un trabajo intenso y organizado en aquello para lo cual cada uno está mejor preparado y para poner en la excelencia de la ejecución, la satisfacción del sacrificio. Estamos dispuestos a entregar todo lo que somos o tenemos; pero no estamos dispuestos a debilitar nuestro trabajo de educadores o investigadores, porque ello no significaría un sacrificio de lo que nosotros tenemos, sino un olvido de lo más valioso que tiene la patria, nuestra juventud, y de las posibilidades de elevarnos sobre los males que nos azotan. No estamos dispuestos a comprometer el porvenir de la nación sino a afirmarlo y enriquecerlo.

La generación que hoy está en plena madurez ha tenido la experiencia de grandes cataclismos nacionales desde 1906; debió ser una experiencia suficiente para iluminar nuestros espíritus y fortificar nuestra voluntad; para

por el Rector JUAN GOMEZ MILLAS

hacernos comprender que el país en que nacimos no era "una copia feliz del Edén" sino, al contrario, el desafío constante de una naturaleza hostil, dura y difícil de doblegar; pero que por lo mismo constituía el mejor acicate para la construcción de un gran pueblo que quiere vivir con todo el sentido de la grandeza histórica y destacar y afinar los verdaderos valores del hombre. Esa experiencia no ha sido aprovechada y por ello somos todos culpables. Nuestros profesores, investigadores y estudiantes tienen cada uno su tarea y están dispuestos a llevarla adelante; no como individuos aislados y obedientes a consignas y planes personales, sino en cuanto miembros disciplinados de una comunidad nacional, libres; pero que usan su libertad para coordinarse y organizarse y no para destruirse y deteriorarse en la lucha por un formalismo que debilita y luego destruye el significado y el valor de la democracia.

Una pregunta simple surge en todas partes, dentro y fuera de la Universidad: ¿qué hacer de aquí en adelante? ¿Cómo aprovechar mejor las experiencias sufridas? Todos sienten que una respuesta que al mismo tiempo sea sensata y audaz nos devolvería la fe que necesitamos para vivir; la confianza y la fuerza para trabajar con tesón y alegría.

Sabemos que el desarrollo histórico-económico de Chile no es satisfactorio, que en el período 1940-45 el producto nacional bruto subió en un promedio anual de 3,5% per cápita; en 1946-54 en 1,7% y que entre 1955 y 1959 bajó ligeramente. Sabemos, en cambio, que el crecimiento de la población exige un aumento cada día más alto de la producción por individuo. Sabemos que uno de los factores claves del desarrollo económico es la inversión; ahora bien, ésta no pasa del 3% del producto nacional bruto per cápita, lo que es gravemente insuficiente para las necesidades nacionales y menor que la mitad de la inversión de los países de Europa Occidental; lo que quiere decir que al ritmo de hoy, el desarrollo mundial nos

dejará cada día más retrasados, para darnos en cambio, la impresión psicológica no sólo de que no avanzamos, sino de que retrocedemos, impregnando toda nuestra actitud moral de un amenazador pesimismo y de un sentimiento cada día más extenso de frustración.

Aún no tenemos cifras concretas acerca de la magnitud de los desastres últimos; pero puede calcularse que ella es equivalente a la inversión media anual de capital de todo Chile en los últimos años. Es probable que haya unas 40.000 viviendas destruidas, sin considerar los daños parciales, lo que significa el doble del número de casas construidas anualmente en todo el país en el pasado. Si pensamos ahora que estos daños sólo se refieren a algunas provincias del sur, donde la inversión anual sólo es una pequeña parte de la inversión total de Chile y que el desarrollo económico requiere de todos modos y en todo el resto del país, inversiones muy superiores a las históricas, la nación comprende la inmensa tarea con la cual se enfrenta y también de que gran parte de esta tarea, la del sur, tiene que emprenderse de inmediato, o de otra manera, nuevos e imprevisibles acontecimientos de otro carácter se precipitarán como nuevas tormentas sobre todos nosotros, de norte a sur del país.

La ayuda exterior, en cualquier forma que ella sea, podrá aliviar la presión de las circunstancias; pero en realidad la verdadera solución de largo aliento, capaz de elevar y no de deprimir, radica en el esfuerzo nacional y en la necesidad urgente de aumentar sus ahorros; pero sobre todo en la capacidad del pueblo chileno de coordinarse y levantar su moral de trabajo y realmente practicar con justicia y decoro la consigna moral de los sacrificios compartidos.

Todos estamos de acuerdo en que hay que construir y reconstruir hospitales, casas, escuelas, industrias, etc.; pero hay que decidir previamente cuántas unidades de todo esto, en qué tiempo, en qué lugar, etc., puesto que los medios con que se cuenta, de todas maneras

son limitados, frente a las necesidades que debemos satisfacer. Este es el *problema económico*. Resolver todas estas cuestiones de una manera armónica tiene el sentido de *cuantificar* y, por otro lado, coordinar fines y medios y determinar su ejecución en el tiempo, significa *planificar*. De donde resulta que la planificación aparece en estos momentos como un instrumento indispensable para afrontar no sólo la tarea del desarrollo económico sino también muchos otros aspectos igualmente importantes en la vida nacional, tales como la educación en todos los grados o el apoyo al desarrollo científico, tecnológico y cultural.

La necesidad urgente de una planificación es la primera gran lección que nos puede dejar la experiencia que vivimos en estos días. Ella es un medio, no un fin en sí misma, por lo tanto está más allá de cualquiera posición política; pero como es un instrumento que será usado por una nación democrática, debe tomar en cuenta los deseos nacionales y el Gobierno resolver acerca de las prioridades en nombre y representación de la comunidad que rige por la voluntad popular.

La concepción del plan debe unir estrechamente la producción y la educación, la salud pública y la vida social, de tal manera que unos elementos se apoyen en otros completándose en una unidad total integrada. Por tanto se trata de una planificación que contemple también las posibilidades humanas necesarias para producir los bienes materiales y los culturales en diversos niveles y en el número suficiente que evite que los proyectos queden abandonados por falta de trabajadores calificados, de jefes adiestrados y de investigadores, científicos y profesionales que puedan asumir la dirección de las grandes tareas.

Para que todo esto se realice, es necesario que el sector público sea estrictamente coordinado en la elaboración del plan y en su realización; una coordinación coercitiva para las instituciones públicas. Por su parte el sector privado debe comprender que esta es una tarea de toda

la nación, y recordar que en ese sector se generan las tres cuartas partes del producto nacional y que por ello no tendría eficacia un plan público si él no acepta las prioridades que señale el Gobierno en cuanto a inversiones que aseguren el uso racional de los recursos económicos y de los hombres de que dispone el país. No debemos olvidar que la existencia del régimen de propiedad privada en el futuro depende, y esto hay que reconocerlo con franqueza, de la manera como el sector privado colabore con el Gobierno en la inmensa tarea, perfectamente posible del desarrollo nacional. La actitud del sector privado no puede ser de mera contemplación de lo que realice el sector público, sino la de incorporarse sin necesidad de coerción a la labor de todos, en la cual sería el elemento realizador más importante.

La elaboración del programa, la evaluación de los recursos y la determinación estricta de las prioridades, debe estar centralizada en el Gobierno de la República; pero su realización debe ser lo suficientemente descentralizada para asegurar su máxima eficiencia, de modo que el mayor y mejor seleccionado grupo de ciudadanos se sienta copartícipe de la obra total.

Las instituciones de educación superior tienen su parte esencial en toda esta gran tarea; ellas, como la nuestra, deberán coordinar sus planes de investigación y prospección con los programas de las instituciones públicas; pondrán sus institutos y laboratorios a trabajar para la obra nacional, como ya lo están haciendo con verdadero y ejemplar entusiasmo y dedicación. Los estudiantes deberán participar, durante el proceso de su formación y entrenamiento, en obras concretas que les eduquen para la acción integrada de profesiones y oficios y les dé en el trabajo efectivo la moral necesaria para vivir con optimismo en un país que está constantemente en peligro, que es de naturaleza ruda e inclemente y al cual hay que modelar con entereza y constancia para que sostenga el peso de la dignidad y el bienestar de

sus habitantes. La juventud comprenderá en la acción organizada, que la vida en esta tierra es cada día más difícil, pero que, como numerosos ejemplos lo ilustran, el hombre es capaz, si lo desea, de vencer obstáculos aún mayores que los que hasta ahora han retardado nuestro desarrollo.

La segunda gran experiencia que debemos recoger con urgencia es la necesidad de revisar toda nuestra política de formación de gente en todos los niveles; es decir nuestro sistema educacional, ya que cualquier tarea que se emprenda, si no está sólidamente sostenida por hombres bien formados y entrenados en todas las partes del complicado proceso de la actividad pública y privada, sufrirá mañana, como ocurrió en el pasado, graves quebrantos y pérdidas incalculables en material, trabajo y tiempo.

Hace muchos años que no se encara con firmeza el problema de nuestra educación, a pesar de que hace ya tiempo existe una opinión pública formada en el sentido de que la rutina, el arcaísmo y el verbalismo la dominan. Todos estamos de acuerdo en que la actual educación, en muchos de sus aspectos, no está integrada al proceso de la vida nacional; que con mucha frecuencia, en vez de precederlo, va tras él con excesivo retardo. Este es un tema no sólo conocido por los expertos, sino que, además, lo sufre un gran número de familias. Seguir postergando su estudio serio a un alto nivel y abstenerse de iniciar su solución por razones de oportunidad económica u otras similares es

resignarse a la impotencia para escapar al desarrollo lento en que vivimos.

El concepto, hoy aceptado en todo el mundo, de que la mejor inversión que un pueblo puede hacer es en su educación, nunca es más verdadero y eficaz que en épocas de deterioro público.

La nueva educación no debe organizarse sólo para satisfacer las necesidades más urgentes, ni para continuar viviendo la rutina, sino para dar el salto audaz de conquistar el futuro con más imaginación y con nuevos métodos y conceptos.

Para terminar, tengamos una actitud más objetiva y realista para juzgar nuestro país y nuestra gente en lo que hoy somos, en lo que podemos llegar a ser. Organicemos nuestros actos dentro de planes claros y racionales. Revisemos con valor e imaginación todo el sistema educacional que poseemos, veamos si él corresponde a nuestras actuales necesidades y a las futuras previsibles y así, firmes en nuestras convicciones y resoluciones, respondémos con éxito al desafío que nos lanza la naturaleza y contaremos en adelante siempre con nosotros mismos.

Ejecutamos obras magníficas en el pasado y con serenidad nos atrevimos a emprender grandes empresas.

¿Por qué no lo habríamos de hacer ahora?

(Palabras del Rector prof. Juan Gómez Millas, en la inauguración del Seminario para la construcción de la zona sur, el 13 de junio).